

# Concierto para tres visiones

*Hernán Lavín Cerda*

## 1. VOLADURA DE DIOS

Dios de Dios, nacido del Padre,  
naciste de tu más antigua sombra en el primer soplo  
y antes, mucho antes que todos los siglos.

Luz de Luz, qué voladura, bello  
en la luz de la belleza  
que nació antes, murió y resucitó mucho antes  
por todos los siglos.

Dios de Dios, hijo único en el único  
vuelo posible, cuando toda  
la belleza de lo imposible  
se hizo carne en cada uno  
de nosotros, y fue al fin sabiduría,  
fue carnal, costumbre fue de soplo en soplo:  
la más ambigua, el prodigio  
de la primera y última sabiduría.

¿Luz de qué Luz, voladura que ya viene, ya se aleja,  
carne, sí, carne o voladura que ya viene?

Bellísimo el que aún es reflejo  
y sólo espejo de su más profunda ausencia.

Bendito el que todavía no vuelve,  
aunque el impulso de su vuelo  
es Luz de Luz, resurrección en aquel antiguo soplo,  
belleza de aquella luz indomable,  
carne de luz, qué voladura.

## 2. CONCIERTO PARA VÍRGENES

Con púas de concha se toca la cítara,  
sólo con púas en triángulos se la toca más allá de las cuerdas

para que cante como las vírgenes de la Antigüedad,  
las de la primavera con fragancia del cielo,  
aquel cielo casi líquido, las vírgenes más hermosas.

Bienaventuradas sean las púas  
del pulso vital, del impulso carnal más allá de las cuerdas  
donde la cítara se estremece tocándose  
y tocándonos, casi loca en su pulsación, sutil y súbita  
en la más frágil de las corduras, la cordura más antigua,  
la tembladera en la encordadura que vibra desde el abismo  
como las lenguas de una serpiente.

Bienaventurada sea la magnífica  
bajo el desliz pulsátil de las púas de concha  
que han hecho de la cítara una música de arcángeles  
en aquel cielo casi líquido, no habrá staccato, lo celestial  
se ha vuelto sutileza, magnífico sea el impulso  
en el mediodía del Génesis y en la medianoche del Apocalipsis.

De otro modo no hay música, maestro, no habrá música  
si la púa mayor desaparece y es afonía como la lengua  
de la más vieja cítara, ese animal sordomudo  
entre las lenguas de la serpiente más ambigua.

Con púas de concha, sólo con púas en triángulo  
se la toca más allá de la muerte, lejos,  
más allá de la resurrección en las cuerdas  
para que al fin cante como las vírgenes.

De otro modo no hay música, maestro, no habrá música  
y la cítara será un arcángel extraviándose más allá del mundo,  
será una música inaudible para siempre, lejos  
de todo, del pulso, sutil y súbita, del impulso, inaudible y lejana.

Música de cítara, el infinito está lleno de ojos,  
música de ambigüedad y de cordura,  
cada virgen con el soplo de su música, la cítara  
tiembla, cada virgen con su música.

### 3. BEATO DE LIÉBANA

Estoy escondido en este monasterio desde el siglo VIII  
y todavía no sé cuál es mi verdadero nombre  
aunque todos me dicen Beato, monje Beato de Liébana.  
Tampoco sé cuál es la verdadera imagen de mi rostro,  
pero me alivio al ver las aguas del río Deva en el verano:  
son del color de aquellos pájaros de ojos muy agudos  
que vuelan en círculos concéntricos  
desde los Picos de Europa.

Siempre estoy escondido y nunca abandonaré el claustro  
donde todavía es posible sobrevivir en calma,  
aunque a menudo sueño con ángeles y demonios del Apocalipsis.  
Por medio de estas láminas policromadas, combatiré a los herejes  
que aún dicen o piensan que Jesucristo  
es solamente un hijo adoptivo de Dios.  
A esos adopcionistas les ofrezco mis caballos  
cuyas colas son larguissimas serpientes  
con el único propósito de morderlos hasta el fin de los siglos.  
Para ellos están destinadas estas bestias del cielo y del infierno  
con sus cabezas leoninas, sus enormes garras,  
sus rabos como ofidios arrastrándose  
junto a la sombra de las rocas  
que parecen haberse desprendido de los altos de Piedrasluengas.  
Creo que Elipando, el de Toledo, persistirá en su error.  
Y Félix, el obispo de Urgel, no deja de perseguirnos  
a Heterio y a mí, porque estamos en contra  
del adopcionismo que quisiera expandirse por el mundo.

Aún estoy escondido en este monasterio del siglo VIII  
y nadie sabe cuál es la verdadera imagen de mi rostro:  
casi nadie me ha visto desde aquel día lunes,  
cuando me escondí para siempre  
en una de las celdas de Santo Toribio de Liébana.

Durante la primavera del año pasado,  
alguien abandonó en la sacristía  
un ejemplar de la novela *El nombre de la rosa*:  
después de leer el libro con cierta inquietud,  
me atrevo a decir que Umberto Eco  
supo de mi vida un poco tarde, casi en el Apocalipsis.

Sin embargo aquí me tienen,  
oculto en algún rincón del monasterio  
donde seguiré fabricando nuevas láminas policromadas  
en defensa de la bendita imaginación  
que hizo del Padre y del Hijo una sola naturaleza.